

El pasado mes de Noviembre tuve la oportunidad de asistir a la presentación de Cesar Rendueles contra la igualdad de oportunidades. Tras tan esclarecedora ponencia me gustaría confesarme culpable de haber crecido creyendo la mentira de la meritocracia y la cultura del esfuerzo. Un mantra que se repite una y otra vez y que, casi sin darte cuenta, te invade y acabas haciendo tuyo.

Ese mantra, el de la cultura de la meritocracia y del “si te esfuerzas lo suficiente, lograrás prosperar en este mundo” ha impregnado mi existencia y me atrevería a decir que la de toda mi generación, esa que creció en los años 80 y se tragó sin pestañear que si estudiábamos llegaríamos lejos.

Durante la adolescencia la mayoría se esforzó en sacar la mejor nota para lograr acceso a esos estudios que te permitirían llegar a ser alguien en la vida. Aún no éramos ni mayores de edad y ya habíamos entrado en una competición contra TUS IGUALES donde si te esforzabas lo suficiente, tendrías tu recompensa, puesto que todos tenemos acceso a las mismas oportunidades con nuestro simple esfuerzo

Una vez acabada esta fase, pasas a la siguiente compitiendo de nuevo en un nicho mucho más pequeño. Hagas lo que hagas entras en un nicho siempre menor y más exclusivo, donde cada vez mereces más cosas y a su vez te sientes de alguna forma un ser incompleto, donde lo importante no es lo que aprendes, sino la puerta que abres aprendiéndolo y que una vez entras, te sigue faltando algo.

En mi caso personal, estrené la mayoría de edad entrando en la universidad para estudiar Ingeniería Informática, donde una vez más me repitieron ese mantra, que para lograr el puesto en la mejor empresa, debía ser el estudiante más brillante. Cuando terminas, vuelta a empezar, pues es la hora del máster. Tras esto, más de lo mismo con un Doctorado, todo ello, fruto exclusivo de tu esfuerzo.

En este contexto, mil veces me han contado la historia de como Bill Gates compró el pionero sistema operativo DOS por un puñado de dólares o como Steve Jobs fundó Apple en un garaje en unas condiciones presuntamente precarias. En el contexto de la informática lo único necesario para llegar lejos y prosperar profesional y personalmente es necesario ilusión y esfuerzo (No olvidemos que Mark Zuckerberg, con una simple idea fundó un imperio millonario con apenas 20 años).

Sin embargo no es frecuente que se cuente que Mary Maxwell Gates (madre de Bill Gates, empresaria de éxito en Seattle), en una posición privilegiada favoreciera a la empresa de su hijo. O como la familia de Mark Zuckerberg o Steve Jobs tuviera privilegios sociales que permitieran y propiciaran que se centraran en sus respectivas empresas sin preocupaciones externas.

La meritocracia, tan extendida nos ayuda a considerar aceptable que, sólo bajo la cultura del esfuerzo prosperarás y que lograrás lo que te propongas. Esto no hace más que perpetuar viejos paradigmas de élites económicas en un mundo donde las situaciones de partida es tan dispares, alejándonos por completo de un desarrollo social y sostenible REAL, donde las necesidades básicas de unos y otros no están resueltas.

Durante mi meritocrático camino he conocido personas con las más dispares situaciones: He compartido pupitre con compañeros que cada mes estrenaba un nuevo bolígrafo o cuaderno y a su vez con compañeros que no podían permitirse sus propios libros de texto y dependían de becas para poder recibir en préstamo sus libros e incluso de becas comedor.

Siempre he pensado que si te esforzabas lo suficiente lograría lo que me prepusiera, sin darme cuenta de la gran mentira: sin políticas reales de equidad social todo queda en un gran aparataje para sostener a las viejas élites que, generación tras generación, siguen prosperando mientras los demás vivimos la fantasía del avance social.